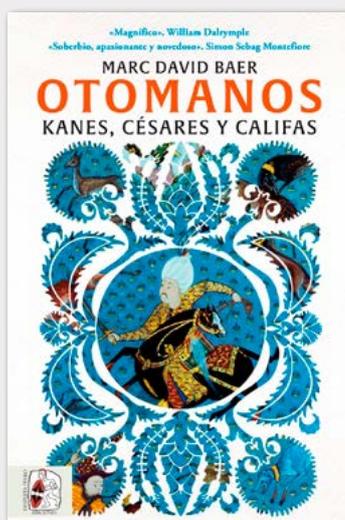


## Musulmanes. Asiáticos. Europeos. Otomanos

Conquistador brutal e implacable, morada de despiadados gobernantes fraticidas, prisión de niños y doncellas convertidos al islam para servir en el ejército y en el harén. El Imperio otomano podía ser eso... pero a la vez también ejemplo de tolerancia, secularismo y modernidad. La aclamada y provocadora obra de Marc David Baer rompe con los estereotipos reduccionistas para capturar en toda su complejidad la fascinante crónica de una dinastía que se erigió en superpotencia mundial, moldeó la historia de tres continentes y vertebró la interacción entre Oriente y Occidente, al tiempo que invita a reflexionar sobre alteridad, identidad, religión y nacionalismo en nuestro mundo actual.



**Otomanos. Kanes, césares y califas**  
978-84-128984-1-5  
512 páginas + 16 en color  
15,5 x 23,5 cm  
Rústica con solapas  
P.V.P. 27,95 €



**Marc David Baer** es un historiador estadounidense y británico especializado en la historia del Imperio otomano. Realiza investigaciones utilizando fuentes en árabe, francés, alemán, griego, hebreo, turco moderno, turco otomano y persa. Desde 2013, es profesor de Historia Internacional en la London School of Economics and Political Science. Baer obtuvo su doctorado en Historia en la Universidad de Chicago en 2001. Anteriormente, enseñó en la Universidad de Tulane y en la Universidad de California, Irvine. Es también autor de varios libros, entre los que destacan *Honored by the Glory of Islam. Conversion and Conquest in Ottoman Europe* (2008), *The Dönme: Jewish Converts, Muslim Revolutionaries, and Secular Turks* (2010), *At Meydanı'nda Ölüm* (2016), *Sultanic Saviors and Tolerant Turks* (2020), y *German, Jewish, Muslim, Gay. The Life and Times of Hugo Marcus* (2020). Sus obras han sido traducidas al turco y griego.

En librerías el miércoles 2 de abril. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

### Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# DOSIER DE PRENSA



# LAS CLAVES DEL LIBRO

El libro **desafía la visión tradicional de la historia europea** al incluir la historia otomana como parte integral de la misma.

---

Baer argumenta que conceptos como **tolerancia religiosa y secularismo** se desarrollaron en el mundo otomano antes que en la Europa occidental.

---

La obra presenta una serie de **personajes memorables** que aportan color y humanidad a la narrativa histórica.

---

El Imperio otomano **influyó de forma decisiva en la cultura y la política europeas**, así como en la percepción del «otro».

---

El libro abarca desde los orígenes del imperio en el siglo XIII hasta su disolución, así como su **legado en el mundo actual**.

---

Baer no evita abordar temas que aún hoy levantan ampollas, como el nacionalismo turco o el **genocidio armenio**.

---

El libro invita a reflexionar sobre cómo los ecos del pasado otomano aún afectan las dinámicas sociales y políticas actuales en la **Turquía de Erdogan**, pero también en Europa y más allá.

---

*Otomanos* ha recibido **elogios de críticos y académicos** por su enfoque novedoso y su contribución al entendimiento de la historia global.

Representación safávida de la batalla de Chaldiran (1514). Fresco en Chehel Sotún, Isfahán, Irán / imageBROKER / Alamy Stock Photo



## DOSIER DE PRENSA

# SE HA DICHO DE LA OBRA

«Tan amplio, colorido y rico en extraordinarios personajes como el imperio que describe».

Tom Holland

«Magnífico [...] Como un veloz caique otomano sorteando las tranquilas aguas de Asia, la electrizante prosa de Baer desbarata estereotipos y nos hace pensar dos veces suposiciones consolidadas [...] Un libro importante y muy ameno, un modelo de erudición bien escrito y accesible».

William Dalrymple, *Financial Times*

«Soberbio, apasionante y novedoso. Exquisitamente escrito y repleto de personajes y análisis fascinantes, sitúa a la dinastía donde debe estar: en el centro de la historia europea».

Simon Sebag Montefiore

«Un relato apasionante acerca de uno de los grandes imperios mundiales, desde sus orígenes en el siglo XIII hasta la época moderna [...] Mezclando lo sagrado y lo profano, lo social y lo político, lo sublime y lo absurdo, Baer da vida al tema en ricas viñetas. Un libro excepcional».

Eugene Rogan, autor de *La caída de los otomanos*

«Un libro fascinante que invita a la reflexión y que no se anda con rodeos. No solo nos pide que repensemos a los otomanos, sino también que consideremos qué es exactamente ser europeo».

Roger Crowley, *Aspects of History*

«El libro de Baer, ameno y vibrante, se basa en las investigaciones más recientes acerca de esta ingente materia. Nos muestra una epopeya de imperio universal, conquista y tolerancia convertida en un drama de nacionalismo, crisis y genocidio, lo cual no es solo una amplia historia de los otomanos, sino también de Europa».

James McDougall, University of Oxford

«Capta con maestría el trasfondo de la historia otomana [...] No hay un estudio más magistral».

*Library Journal*

«Un retrato decisivo de siete siglos de imperio, rebotante de vida y color, interés humano y rarezas, crueldad y opresión mezclado con placer, benevolencia y una gran belleza artística».

Sunday Times



## CONVERSACIONES CON MARC DAVID BAER

### ASIAN REVIEW OF BOOKS

El Imperio otomano ha sido muchas cosas a lo largo de su dilatada historia: una de las mayores y más graves amenazas para la Europa cristiana, una fuente de inspiración para los pensadores del Renacimiento y la Reforma, un exótico reino de sultanes, esclavos y harenes, un socio igualitario y clave en el sistema europeo de relaciones internacionales y, cerca de su final, el «enfermo de Europa». *Otomanes. Kanes, césares y califas*, del profesor Marc David Baer, traza el ascenso y la caída del Imperio otomano, no solo ocupándose de sus sultanes y expansiones militares, sino también de una amplia gama de temas, como el papel desempeñado por las mujeres y las minorías en la sociedad otomana. Marc David Baer es catedrático de Historia Internacional en la London School of Economics and Political Science. Es autor de cinco libros, entre ellos *Honored by the Glory of Islam. Conversion and Conquest in Ottoman Europe*, que obtuvo el Premio Albert Harani, y *Sultanic Saviors and Tolerant Turks*, que ganó el Dr. Sona Aronian a la excelencia en los estudios armenios. Hoy, Marc y yo

**«Los otomanos son, en gran medida, un imperio «afroeuroasiático». En sus inicios, el Imperio otomano igualó en gran medida al bizantino, pero luego se expandieron más allá».**

hablamos del auge y caída del Imperio otomano, un término que puede dar una imagen equivocada sobre su proceso de transformación tras el apogeo bajo Selim y Solimán. Hablemos del legado otomano, tanto para Europa como para el resto del mundo.

**Quizá sea mejor comenzar por el principio. ¿Cómo surge el Imperio otomano?**

La historia otomana comienza a finales del siglo XIII, con un grupo de pueblos túrquicos, entre otros. Los mongoles y los turcos dominaban Asia occidental desde el siglo XI, pero la persona que quisiera destacar ahora es Osmán, el fundador de la dinastía. Fue uno de los muchos jinetes nómadas turco-musulmanes que emigraron a Anatolia, de mayoría cristiana, formando parte de esta gran oleada de miles de pastores turcos con sus ovejas y caballos que emigraban hacia el oeste, como parte de la expansión del gran Imperio mongol de Asia oriental y central. En la Turquía moderna les gusta decir que Osmán fue enviado

al noroeste de Anatolia por otra dinastía sunita turca, los selyúcidas, pero, en realidad, parece que el registro histórico nos muestra que Osmán (o su padre) fue enviado allí por los mongoles, y los otomanos bajo Osmán y su hijo Orján les pagarían tributo hasta mediados del siglo XIV. Pero, ¿quién era en realidad Osmán?

Osmán fue un jefe turco que se rodeó de un variopinto grupo de jinetes nómadas o seminómadas, hombres armados con arcos, flechas y espadas y que incluía a musulmanes *suffes* (místicos) y también a muchos «hermanos de armas» cristianos, griegos y armenios que, de hecho, formaban el grueso de su séquito. Osmán y sus seguidores lucharon contra musulmanes y cristianos por igual en el noroeste y el oeste de Anatolia. Y ahí es donde estableció una pequeña zona bajo su dominio, a partir de la cual la dinastía erigirá un imperio.

### **Hablemos del imperio en su momento álgido y de mayor expansión. ¿Qué partes del mundo abarcaba el Imperio otomano?**

A sus oyentes les interesa, por supuesto, la historia y la cultura asiáticas. En ese sentido, los otomanos eran, en gran medida, un imperio asiático. No hay duda de ello. Con el tiempo se extendieron hacia el este, el suroeste de Asia y partes de Asia Central. También conquistaron partes del actual Irán y se convertirían en una potencia del océano Índico en el siglo XVI, y en el siglo XVI enviaron sus naves a lugares tan lejanos como Indonesia y al sudeste asiático. Así que hay mucho de un imperio de poder asiático, y Asia y su herencia mongola siempre estuvieron presentes en su política, en su arquitectura y en su cultura.

Pero los otomanos también eran un imperio africano: en el siglo XVI conquistaron Egipto y se expandieron por el norte de África, forjando alianzas que pagarían tributos a lo largo y ancho de todo el litoral, hasta Marruecos. Así que también son una potencia africana. Los otomanos también lucharon y tenían aliados (e incluso bases navales) en la región del mar Rojo en Yemen, y también en la costa este de África.

Y lo que destaco en el libro es que los otomanos eran, además, un imperio europeo. En su apogeo, en el siglo XVII, los otomanos controlaban casi una cuarta parte de Europa, cuyos dominios se extendían hasta el sur de Polonia. Los otomanos sitiaron Viena, y aunque no fueron capaces de conquistarla, controlaron todo el sureste de Europa durante quinientos años

aproximadamente. Así que los otomanos son, en gran medida, un imperio «afroeuroasiático». En sus inicios, el Imperio otomano igualó en gran medida al bizantino, pero luego se expandieron más allá.

### **¿Y cómo fueron capaces, de expandir sus posesiones territoriales, pero también de mantener el control sobre las diferentes poblaciones de Europa, Asia y África?**

Los otomanos tenían una serie de estrategias que solo podemos discutir objetivamente, sin establecer juicios morales: se trataba de políticas muy inteligentes que permitieron a la dinastía permanecer en el poder durante más de seiscientos años. ¿Cómo lo lograron? Pues, por ejemplo, una de estas políticas fue de hecho, durante tres siglos más o menos, el fratricidio: el sultán enviaba a sus hijos a las provincias como gobernadores para formarse en las artes de la guerra y la administración, y cuando el sultán fallecía, sus hijos corrían de vuelta a la capital para ser entronizados. Pero, por el camino, tendrían que luchar literalmente unos contra otros. Y el hermano sobreviviente entonces mataría a todos sus parientes masculinos, desde niños hasta ancianos, que pensara que podían resultar una amenaza. Así que esta política de fratricidio permitió a los otomanos mantener el poder, la dinastía y el Imperio intactos durante sus primeros tres siglos y medio, cuando introdujeron la primogenitura.

Otra política única y exitosa fue la forma en que reclutaron hombres y mujeres para la dinastía y la administración. Así, las mujeres, que traían como esclavas del sur de Rusia, desde el Cáucaso, eran convertidas al islam para pasar a ser las mujeres reales que darían a luz a los futuros sultanes. Al mismo tiempo, el imperio tomaba uno de cada cuarenta niños cristianos de sus dominios, niños de los Balcanes, del sureste de Europa o del suroeste de Asia, a pesar de que esto iba completamente en contra de la ley islámica. Pero un historiador otomano escribió que la necesidad justificaba lo que era ilegal, y este es exactamente el principio sobre el cual los otomanos llevaron a cabo esta política. Así que trajeron a estos chicos al palacio, los convirtieron al islam, y los entrenaron. Y en función de sus habilidades, se convirtieron en los miembros de la infantería de élite, los *jenízaros*, o fueron instruidos para convertirse en los administradores, los *visires*.

**«A la mayoría de los súbditos se les permite conservar su religión, su cultura y sus lenguas, mientras que una minoría es reclutada y obligada a servir a la dinastía como esclavos y hacerla fuerte y poderosa».**

Tiara de cuatro coronas de Solimán I. Grabado de Agostino Veneziano (Agostino dei Musi, 1535), The Metropolitan Museum of Art, Nueva York, 42.41.1, dominio público.

Así que estas dos políticas tan brutales permitieron a los otomanos expandirse y convertirse en un imperio mundial en los tres primeros siglos de su gobierno. Pero, al mismo tiempo, los otomanos eran muy prácticos, y toleraban a los súbditos cristianos y judíos, permitiéndoles conservar su religión y seguir con sus vidas como cristianos o judíos sin tener que convertirse. Así que son estos mecanismos los que logran mantener a la mayoría de la población sujeta al Imperio otomano, aun siendo mayoritariamente cristiana al menos durante los tres primeros siglos de su existencia. Así, a la mayoría de los súbditos se les permite conservar su religión, su cultura y sus lenguas, mientras que una minoría es reclutada y obligada a servir a la dinastía como esclavos y hacerla fuerte y poderosa.

**Me gustaría hablar de, tal vez, los dos sultanes que alcanzan la cúspide del poder otomano. Y vamos a empezar con el primero, Selim I, que creo que es responsable de gran parte de la expansión del imperio.**

Selim es muy importante como gobernante porque es el sultán que conquistó Oriente Medio: derrotó al Imperio mameluco de Egipto, otro imperio turcomusulmán sunita que tenía su sede en El Cairo y, al conquistar Egipto, los otomanos fueron capaces de tomar el corazón musulmán de Siria, Palestina, Egipto y, también, de Arabia occidental, así como de conquistar La Meca, Medina y Jerusalén, las tres ciudades santas musulmanas. Esto es, en parte, lo que hace a Selim tan importante para la historia del mundo y para la historia otomana. Al mismo tiempo, Selim también fue capaz de derrotar al mayor rival otomano en Asia, que era el Imperio safávida, en lo que hoy día es Irán, una dinastía chií que amenazaba a la dinastía otomana sunita. Así que esto también es un aspecto importante para la historia de Oriente Medio y del mundo, porque de esa lucha, de esa lucha política entre la mayoría suní otomana y la mayoría chií safávida, tenemos un endurecimiento de las identidades religiosas y una confirmación de este enfrentamiento entre suníes y chiíes que todavía dura hoy día.

**Y, obviamente, después de Selim está Solimán I. Y Solimán es uno de esos líderes que parece trascender el contexto histórico en el que se encuentra.**



**Por ejemplo, en el Capitolio de los Estados Unidos de América nos encontramos con un relieve de Solimán, que es uno de los líderes que puedes elegir en el videojuego Civilization, y aparece también en Assassin's Creed. ¿Qué hace entonces de Solimán una figura central, no solo en la historia otomana, sino también en la historia mundial?**

Solimán vivió durante la época de Enrique VIII y Carlos V. Y Carlos V era su principal rival, puesto que era el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, la cabeza del Imperio de los Habsburgo con sede en Viena. Y Solimán afirmó que él, y no Carlos V, debería ser el emperador, porque desde la época de Mehmet II, que conquistó Constantinopla, los gobernantes otomanos se habían proclamado a sí mismos césares, además de kanes, un título turco-mongol, y sultanes, dignidad de Oriente Medio.

Y afirmaban que eran los herederos legítimos del Sacro Imperio Romano, no solo porque habían conquistado el Imperio bizantino, el Imperio romano de Oriente,

**«Solimán afirmó que él, y no Carlos V, debería ser el emperador, porque desde la época de Mehmet II, que conquistó Constantinopla, los gobernantes otomanos se habían proclamado a sí mismos césares, además de kanes, un título turco-mongol, y sultanes, dignidad de Oriente Medio».**

sino también porque tenían una visión determinada: ellos creían que conquistarían Roma y unirían el este y el oeste bajo una religión, un imperio y una dinastía. Ahora esa religión era el islam. Sin embargo, Solimán llevó esto a un nivel aún más alto y, de hecho, mandó a hacer para sí mismo una corona de cuatro niveles, que incorporaba la corona del sacro emperador, así como la tiara papal. Solimán causó una gran impresión en Europa occidental. Se tenía miedo de los otomanos, y se comenzaba a dudar, tal vez, de la pretensión de Carlos V de ser el mayor gobernante de Europa. Esto tuvo un gran impacto entre los reinos europeos, además del hecho de que los otomanos bajo Solimán se estaban expandiendo hacia el este y el oeste, tomando Bagdad y sitiando Viena. Por no hablar de su legado arquitectónico y de su mezquita, que se encuentra en la colina más alta de Estambul. Así que causó una gran impresión y los europeos occidentales y centroeuropeos han estado escribiendo sobre él desde entonces.

### **En su libro, evitar hablar de declive al periodo posterior a Solimán. ¿Cómo cambió el Imperio otomano tras su muerte?**

Es una buena pregunta. No utilizo la palabra declive, sobre todo porque el Imperio otomano siguió expandiéndose hasta el siglo XVII. No alcanzó su mayor extensión territorial bajo Solimán, como la gente suele pensar. En realidad, fue bajo el reinado de Mehmet IV, a mediados del siglo XVII, cuando los otomanos tomaron la gran isla de Creta, y también cuando sus ejércitos conquistaron partes del sur de Polonia y se adentraron en Ucrania. Así que, si hablamos de declive territorial y, digamos, una retracción del territorio otomano, esta no va a suceder hasta finales del siglo XVIII. El problema con la palabra «decadencia» es que se le ha dado un valor moral, puesto que ha ido acompañada de otras metáforas y otros adjetivos que son bastante peyorativos, que tienen que ver con la corrupción y demás. Bueno, si nos fijamos en lo que estaba sucediendo, de lo que a los historiadores otomanos les gusta hablar es de «transformación»: el gobierno, el ejército, la economía, la sociedad, los enfoques del islam mantenidos por las élites... todo esto comenzó a cambiar en el imperio a finales del siglo XVI. Así que hubo transformaciones, claro: la economía y el ejército, siempre centralizados, ahora comenzaron a abrirse; tenemos también una expansión, tenemos nuevos poderes, nuevos actores. Ya no es solo el sultán, sino que toda su familia tiene algo que decir, como las mujeres reales tomando partido en

**«El Imperio otomano contaba con una maravillosa diversidad religiosa, étnica y cultural».**

el siglo XVII. Además, los grandes visires (los «primeros ministros») se convierten en una facción más, al igual que el cuerpo de infantería de élite, los jenízaros, capaz de aupar o destronar sultanes. Y fuera del palacio tienes a los eruditos religiosos o los juristas. Así que hay cuatro facciones en competencia. Y, debido a esto, vemos un cambio en el sistema de gobierno. No significa que sea un declive. Significa que es un cambio. También hay, como he mencionado, cambios económicos y militares en términos de la fuerza de combate y de la recaudación de impuestos. Por lo tanto es, en muchos sentidos, un nuevo imperio a partir del momento en que Osmán II es asesinado, el primer sultán en correr esa suerte, a principios del siglo XVII. Un erudito incluso dijo que los otomanos adoptaron un sistema más cercano a una monarquía limitada que a una absolutista. Así que, como he señalado, los estudiosos actuales no están de acuerdo en que esto se traduzca en decadencia, sino más bien en transformación.

**Ahora me gustaría cambiar el paso para hablar de cómo era la sociedad otomana. Hemos hablado mucho de sultanes, ejércitos y batallas, pero el Imperio otomano, por su carácter imperial, aglutina grandes poblaciones de minorías étnicas. Y este, al menos en gran parte de su historia (aunque cambia cerca del final, como usted señala), parece ser**

**más tolerante hacia los grupos minoritarios que sus homólogos europeos. ¿De dónde viene esta tolerancia de arriba hacia abajo? Y, a la inversa,**

**¿cómo ven los grupos minoritarios del imperio a sus gobernantes otomanos?**

La tolerancia en el Imperio otomano procede de varias fuentes. Una es la naturaleza pragmática de los otomanos: la dinastía otomana hace todo lo que puede, ya sea legal o ilegalmente para aumentar su dominio y mantenerse en el poder. Son prácticos. Creen en la incorporación de las mejores personas para conformar la familia real (las mujeres de la familia real), la administración y el ejército. Y tenían opiniones estereotipadas sobre diferentes grupos de personas. Así que creían, por ejemplo, que los croatas eran los mejores para el cargo de gran visir, y los judíos para médico privado del sultán. Así que tenían toda esta gama de estereotipos y creencias, y colocaban a la gente en diferentes carreras profesionales a veces basándose en el grupo en el que habían nacido. El Imperio otomano contaba con una maravillosa diversidad religiosa, étnica y cultural. En el palacio, de nuevo, los otomanos tra-

ieron dos núcleos separados de eunucos: del Cáucaso, para tareas de protección del sultán y sus pajes en esa parte del palacio, y de Sudán o Etiopía para vigilar el harén y los aposentos privados del palacio y la familia del sultán después del siglo XVI. También emplearon mujeres judías para servir como mediadoras entre el harén y el mundo exterior. Así que hay una larga lista de diferentes tipos de personas que empleaban a su alrededor, tan increíblemente diversa como el propio imperio. En realidad, no se trata de lo que entendemos hoy día por tolerancia: la tolerancia en este sentido premoderno es literalmente tolerar, permitir literalmente que la gente viva. No es coexistencia. No es igualdad. No había igualdad legal en el Imperio otomano. Los musulmanes, los hombres y las personas libres tenían una situación jurídica superior a la de los cristianos y los judíos, los esclavos y las mujeres. Así que no estamos hablando de tolerancia como en el sentido «tú tienes tu religión, yo tengo la mía, somos iguales», sino de tolerancia en el sentido de «esta es la regla en la tierra del Sultán, siempre y cuando seas leal, se te permite vivir» y, como he mencionado antes, podías hablar tu idioma, rezar de la manera que quieras rezar... y así sucesivamente. Ahora bien, esa tolerancia, por mínima que fuera, seguía siendo superior a lo que ocurría, por ejemplo, con los judíos en el resto de Europa, donde eran masacrados, expulsados, o convertidos a la fuerza. Los otomanos acogieron hasta 100 000 judíos que huían de la persecución en España y Por-

**«Las mujeres alcanzan su verdadero pináculo de poder en el siglo XVII dentro de la familia real. Muchos de los eruditos y escritores de la época estaban en contra de esto, y toda esa idea de la decadencia surge entonces».**

tugal, y les permitieron regresar a su fe si habían sido convertidos por la fuerza al catolicismo. Y por eso los judíos tenían una imagen muy positiva de los otomanos y de los musulmanes en general. Esto es lo que entendemos por tolerancia. Esta tolerancia otomana proviene de la herencia islámica, y también de su herencia mongola, tanto la tolerancia religiosa como el aspecto de «vive y deja vivir». La tolerancia, sin embargo, es

algo que tanto se puede dar, como se puede quitar. Y al final del imperio, en el siglo XIX, los otomanos pasaron de la tolerancia a la igualdad. Así que, por ley, desde mediados del siglo XIX, todos los súbditos otomanos eran legalmente iguales. Así que sustituyeron

la tolerancia como principio rector por la igualdad legal. Paradójicamente, es en esta época, al final del Imperio, cuando vemos las primeras masacres de armenios. Antes no había habido masacres de cristianos en todo el imperio. Eso no había sucedido. Pero cuando se alejaron de la tolerancia e intentaron diferentes experimentos con la democracia parlamentaria, el constitucionalismo y la igualdad, todo se vino abajo.

**Creo que, a medida que nos acercamos al final del Imperio otomano, vemos también el auge de los nacionalismos, y del nacionalismo turco, que se va a imponer a todas estas diversas formas que compiten para establecer la base de lo que sería el futuro Imperio otomano (o lo que viniera después).**



Representación del siglo XVIII de la *valide sultan* (madre del sultán) mientras sus asistentes le ofrecen una taza de café en palacio. «Dans le sérail», *Costumes turcs de la cour et de la ville de Constantinople*, pl. 4, Dessins exécutés par un artiste turc, 1720. BnF, Departamento de Estampas y Fotografía, OD-6-4 © Bibliothèque nationale de France

Hubo diferentes experimentos en el último siglo del Imperio para tratar de mantener todo el conjunto unido. Ya he mencionado que el territorio comenzó a contraerse a partir del siglo XVIII. Y con ello, también vemos el ascenso del nuevo archienemigo de los otomanos: Rusia. Y Rusia está presionando desde fuera. Los otomanos comienzan a perder sus territorios. Has mencionado el auge de los nacionalismos, que conduce a una Grecia independiente, a una Serbia independiente. Así que tenemos una suma de presiones externas de potencias extranjeras, como Rusia, y presiones internas de nacionalismos de todo tipo, ante lo que el poder central trata de implementar diferentes medidas para ganar o mantener la lealtad de sus súbditos. Así nace la política de igualdad «todos son iguales mientras sean leales al Sultán» para tratar de competir con los impulsos nacionalistas.

El nacionalismo turco, en realidad, se desarrolla más tarde que estos otros nacionalismos (armenio, griego, etc.), pero lo que los otomanos intentan hacer, y lo vemos bajo Abdülhamid II a finales del siglo XIX, es intentar conservar su imperio ganándose, sobre todo, la lealtad de sus súbditos musulmanes. Lo que vemos bajo Abdülhamid II no es nacionalismo turco, sino un giro hacia un nacionalismo musulmán otomano con el que tratar de ganarse la lealtad de todos sus súbditos musulmanes, volviéndose contra sus súbditos judíos y, especialmente, cristianos. Abdülhamid II es depuesto, como sabemos, por el Comité de Unión y Progreso, y en la última década del dominio otomano, el poder está en manos de estos revolucionarios, que viran más hacia un nacionalismo musulmán turco. Y esto será realmente el final de cualquier posibilidad de coexistencia entre todos los súbditos otomanos. Es el Comité de Unión y Progreso el que, en la Primera Guerra Mundial, poniéndose del lado de Alemania contra su rival, Rusia, aniquila a sus propios súbditos, su población armenia. Esto conducirá, de hecho, a la caída de la dinastía después de la guerra.

**Aún no hemos hablado de las mujeres y del papel que desempeñaban en la sociedad otomana, especialmente en la élite y en la familia real. ¿Podría hablarnos un poco más de su papel en la sociedad, en la política y en el funcionamiento de la dinastía?** Las mujeres son importantes desde el principio de la dinastía. Los otomanos se casan o toman como concu-

binas a mujeres de otras dinastías o reinos conquistados. Así entroncan con la familia real bizantina o con la familia real serbia. Por tanto, utilizan el matrimonio como una forma de construir alianzas ya desde el siglo XIV (hay serbios que sirven del lado de los otomanos porque están conectados a través del matrimonio). Los otomanos también desempeñaron un papel notorio en las guerras civiles bizantinas del final de su imperio porque, de nuevo, a través del matrimonio, están conectados a un bando contra el otro.

Y dentro de palacio, también: hemos mencionado que los sultanes ponían a sus hijos al frente del gobierno de las provincias para que aprendieran las artes de la guerra y del gobierno, y cada uno de estos hijos se hacía acompañar de su madre en virtud de la política de «una madre, un hijo». Así que, cuando una concubina tenía un hijo, ambos emprenderían un camino para formarse y ser el próximo sultán... y la madre del sultán. Desde el principio, las mujeres están ahí, son importantes como actores políticos entre bastidores. Si

pasamos a los siglos XVI y XVII, nos encontramos con una serie de sultanes que, o bien son menores de edad cuando son entronizados, o bien se dice que tienen problemas mentales, por lo que las mujeres se convierten en regentes. No son oficial ni legalmente el gobernante del imperio,

pero están tomando todas las decisiones importantes: dónde construir castillos, cuándo ir a la guerra, quién debe ser gran visir... Así que las mujeres alcanzan su verdadero pináculo de poder en el siglo XVII dentro de la familia real. Muchos de los eruditos y escritores de la época estaban en contra de esto, y toda esa idea de la decadencia surge entonces, precisamente, de los propios intelectuales otomanos que se quejaban del hecho de que las mujeres fueran tan poderosas. Por eso a los historiadores no nos gusta utilizar esa terminología de «decadencia», porque sus orígenes provienen de escritores misóginos a los que no les gustaba la forma en que el poder estaba evolucionando o cambiando.

**Virando hacia una perspectiva global, desde mi punto de vista los otomanos son claramente parte de Europa. Son un imperio europeo. Están profundamente implicados en la política europea, en la cultura europea, en la geopolítica europea. ¿Por qué cree que a muchos les resulta tan difícil asimilar al Imperio otomano y a su sucesor, la Turquía actual, como parte de Europa?**



Postal de 1908 que reza «Viva la libertad, la igualdad, la fraternidad y la justicia» en armenio, griego, turco otomano, francés y judeoespañol. Colección Isa Akbaş, en Edhem Eldem, *Pride and Privilege: A History of Ottoman Orders, Medals and Decorations* (Estambul, Ottoman Bank and Archive Research Center, 2004), 369

Los escritores, gobernantes y asesores de Europa occidental y central sí que veían a los otomanos como parte de la política, las alianzas matrimoniales y las alianzas militares europeas. En el siglo XVI, Francia y los otomanos estaban llevando a cabo campañas navales conjuntas contra algunas de las ciudades-Estado italianas, incluyendo Roma. Y también sabemos que Inglaterra, aliada con Marruecos, pactó con los otomanos para amenazar a la España de los Habsburgo. Y si leemos lo que los europeos occidentales escribieron en el siglo XVI, entonces no hay duda de que pensaban de esa forma. Al principio, mencionaste esa famosa cita sobre los otomanos como el «enfermo de Europa», y la gente siempre se fija en la parte del «enfermo». Yo prefiero la parte «de Europa». Esto no es más que otra confirmación de que tanto en el siglo XIX, como si nos remontáramos hasta el siglo XIV, los otomanos eran considerados otro reino europeo.

Ahora la diferencia es, por supuesto, que los otomanos eran musulmanes, y lo que la gente hoy en día en la UE y en otros lugares tiene dificultades para concebir es una Europa que no sea cristiana. Y lo vemos en Francia, lo vemos en Austria, lo vemos en toda Europa. La idea de que Europa tiene que ser cristiana es uno de los principales impedimentos para permitir que Turquía, por ejemplo, se una a la UE, o para permitir incluso que se enseñe historia del Imperio otomano en las escuelas de secundaria inglesas. De hecho, ahora estoy participando en un proyecto para redactar una lección académica con la que integrar su historia en el plan de estudios de secundaria aquí, en Inglaterra. Pero creo que el principal obstáculo es, por supuesto, que los gobernantes otomanos eran musulmanes. Los otomanos formaban parte de Europa, pero eran diferentes. He mencionado antes sus

condenó al fracaso las conversaciones de adhesión, fue el reconocimiento del genocidio armenio.

Quizá sea mejor terminar la entrevista con una pregunta sobre el legado del Imperio otomano y del sistema político que construyeron los sultanes. ¿Se puede apreciar en los Estados que le sucedieron, en la geopolítica actual, en forma de lecciones para las grandes potencias actuales?

Bueno, podríamos decir, tal vez negativamente, que uno de sus legados es cómo el actual régimen de Turquía hoy en día trata de heredar el manto del pasado otomano como excusa para sus aventuras militares en Siria y en Libia, y también en su política de memoria, ensalzando la grandeza de los otomanos, pero sin reconocer los crímenes de la dinastía. Pero, de una manera positiva, prefiero ver a los otomanos y a algunos de sus gobernantes como parte de nuestra historia común. Turquía no es dueña del pasado otomano. El pasado otomano es algo que se difunde a través de veintiuno o veintidós países diferentes. Por eso me gusta que, en lugares como Grecia, en lugar de convertir las mezquitas en centros de arte, pubs, tabernas, etc., se atrevan a reabrir una mezquita para la oración del viernes, como ha hecho recientemente el alcalde de Salónica con la última mezquita otomana construida en la ciudad. Desde Budapest hasta Grecia, el pasado otomano está ahí, y la cuestión es cómo vamos a integrarlo en nuestra propia historia, y hasta qué punto vamos a admitir que los otomanos formaron parte de Europa y moldearon nuestro destino.

Transcripción adaptada del podcast Asian Review of Books, [escúchalo íntegro aquí](#)

ASIAN REVIEW OF BOOKS

DOSIER DE PRENSA



# ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Agradecimientos  
Nota del autor y del traductor  
Introducción. *El castillo blanco*

- 1 Los inicios: los *gazis* Osmán y Orján
- 2 El sultán y sus esclavos conversos: Murat I
- 3 La resurrección de una dinastía: Bayaceto I, Mehmet I y Murat II
- 4 La conquista de la Segunda Roma: Mehmet II
- 5 Un príncipe renacentista: Mehmet II
- 6 Un líder piadoso hace frente a los enemigos de casa y de fuera: Bayaceto II
- 7 Magnificencia: de Selim I al primer califa otomano, Solimán I
- 8 Sultanes salvadores
- 9 La Era otomana de los Descubrimientos
- 10 No hay más vía que la *vía otomana*
- 11 Harén significa «hogar»
- 12 Hombres barbudos y jóvenes imberbes
- 13 Ser otomano, ser romano: de Murat III a Osmán II
- 14 El retorno del *gazi*: Mehmet IV
- 15 Un mesías judío en el palacio otomano
- 16 El segundo sitio de Viena y las tranquilas aguas de Europa: de Mehmet IV a Ahmed III
- 17 Reformas: romper el ciclo de revueltas desde Selim III hasta Abdülaziz I
- 18 Represión: un califa moderno: Abdülhamid II
- 19 Mirar hacia dentro: el Oriente otomano
- 20 Salvar a la dinastía de sí misma: los Jóvenes Turcos
- 21 El genocidio armenio y la Primera Guerra Mundial: Talat Pachá
- 22 El final: el *gazi* Mustafá Kemal

Conclusión. *El pasado otomano perdura*

Lista de gobernantes otomanos y sus periodos en el poder

Bibliografía

Índice analítico

# DOSIER DE PRENSA



## CAPÍTULO 2

# EL SULTÁN Y SUS ESCLAVOS CONVERSOS

Orján mantuvo el modo de actuar de Osmán, consistente en luchar contra musulmanes y cristianos por igual mientras en paralelo forjaba alianzas, incluso sirviéndose de matrimonios, con los bizantinos, siempre desunidos. De esta manera, consiguió expandir el territorio heredado de su padre desde Asia hasta Europa. Esos bizantinos vivían un permanente escenario de guerra civil y acabaron recurriendo a la contratación de mercenarios turcos para combatir en ambos bandos de sus interminables querellas internas. Fue entonces, en 1346, cuando el emperador bizantino Juan VI Cantacuceno otorgó a su hija Teodora en matrimonio a Orján a cambio de que las tropas otomanas vinieran en socorro de su bando. Teodora siguió siendo cristiana y no se convirtió, mientras que su hijo Halil fue prometido a Irene, hija del hijo de Juan VI, Mateo. Como resultado de estos matrimonios y de otros enlaces nacieron príncipes otomanos de madres bizantinas, así como armenias, serbias y cristianas de otras procedencias.

No se puede entender el proceso de conquista que llevaron a cabo los otomanos sobre los pueblos cristianos de su entorno sin el contexto bizantino. Tras años de conflictos, inestabilidad y desorganización, los gobernadores y obispos bizantinos habían perdido el vínculo con sus súbditos y correligionarios. Los sacerdotes locales, cada vez más empobrecidos, tuvieron que encontrar la manera de complacer a sus nuevos señores, los otomanos, y garantizarse la supervivencia del cristianismo. La tarea resultó hercúlea, porque a medida que conquistaban tierras bizantinas, los otomanos se apoderaban también de granjas, campos y rebaños, de pueblos y ciudades, de los que transformaron sus edificios más prominentes y se apoderaron de sus ingresos para entregárselos a los musulmanes. Numerosas iglesias mudaron en mezquitas y no pocos seminarios y monasterios en madrasas. A medida que los otomanos se iban asentando en castillos, poblaciones y territorios bizantinos y armenios, los rehacían como propios, de forma que la iglesia mayor acababa en mezquita principal. Pese a ello, su intención no fue abolir el cristianismo ni el judaísmo, por lo que permitieron la conservación de algunas otras iglesias y sinagogas.

Los otomanos promovieron la conversión de pueblos y paisajes. Adoptaron y rebautizaron bosques y manantiales sagrados para los cristianos, así como festividades, tumbas, santos y santuarios y otros lugares sagrados. También construyeron caravasares, hospitales, comedores, fuentes y logias sufíes, que proporcionaban de esta manera un sustento material y espiritual a los armenios y griegos conquistados. Por ejemplo, en el complejo de Haji Bektash, situado en Anatolia central, los sufíes servían guisos calientes a un gran número de invitados en enormes calderos negros.

Tanto en los dominios de Orján como en los vecinos beylicatos turcomanos coexistió un amplio espectro de confesiones musulmanas y grupos sufíes, todo lo cual ayudó a la causa de la difusión del islam. Orján dotó a Bursa de un conjunto de mezquitas que imitaba el estilo selyúcida y que también funcionaba como logia suffí. El documento otomano más antiguo que se conserva, firmado por miembros masculinos y femeninos de la dinastía, es una escritura redactada en persa en 1324 para otra logia derviche dotada por Orján. En él se refiere a sí mismo como el «Campeón de la Fe» y a su padre Osmán como la «Gloria de la Fe».

Los otomanos permitían que los derviches procedentes de Anatolia y de las zonas fronterizas entre los territorios musulmán y bizantino hicieran proselitismo entre los cristianos, y los sufíes desempeñaron un papel fundamental en las fuerzas militares otomanas. Los milagros de los santos se repetían oralmente o se recogían en libros populares que narraban sus hazañas heroicas. Uno de los principales discípulos de Ben Arabí predicó en Bursa y sabemos que los derviches celebraban incluso rituales sufíes en el palacio imperial bizantino de Constantinopla. Un historiador cristiano relató la irritación de sus correligionarios por los ruidosos cantos, bailes y borracheras de los sufíes, que gritaban alabanzas a Mahoma en la corte del suegro y aliado de Orján, Juan VI Cantacuceno.

Los otomanos supieron administrar sabiamente a sus súbditos al incorporar a los líderes sometidos como parte de la maquinaria de su dominio. Utilizaron las jerarquías eclesiásticas de los templos principalmente como arrendatarios fiscales, es decir, para los tributos en dinero líquido derivados de las posesiones de los templos y de sus seguidores. De esta manera, convirtieron a los líderes religiosos en sus recaudadores de ingresos y concedieron a los individuos el derecho a ocupar sus puestos como jefes a cambio de pagos anuales a la Administración. También consiguieron hacer de los obispos locales unos intermediarios que les ayudaran a gobernar sobre las nuevas poblaciones. Estos prelados demostraron sentido práctico al cooperar con los otomanos y, así, mantener sus iglesias. Además, los otomanos integraron a la Iglesia y a sus funcionarios en su creciente estructura administrativa. Los primeros registros fiscales otomanos solían estar consignados en griego y lo mismo ocurría con los expedientes diplomáticos, ya que empleaban a griegos como embajadores y mantenían frecuentes tratos con bizantinos y otros europeos. Llegaron incluso a conceder tierras a algunos cristianos sin obligarlos a convertirse, al tiempo que hacían proselitismo islámico entre los súbditos cristianos.

## CAPÍTULO 4

# LA CONQUISTA DE LA SEGUNDA ROMA

No había roto el alba del 29 de mayo de 1453 cuando los otomanos iniciaron el asalto final, que duró hasta bien entrada la mañana. Los cañones de bronce alimentados por pólvora lanzaban unas balas metálicas desconocidas hasta entonces que abrían brechas en las viejas murallas terrestres con un «estallido y un estruendo como un trueno caído del cielo». Su «penetrante sonido que rompía el aire» podía oírse a más de 15 kilómetros de distancia y generaban una especie de repentinos terremotos, tan poderosos que, supuestamente, dejaban sin habla a los hombres desprevenidos y provocaba abortos en las mujeres embarazadas. Tras perforar las murallas con un bombardeo incesante, el ejército de Mehmet II entró en la ciudad el quincuagésimo cuarto día de asedio.



Litografía coloreada de Santa Sofía en la que son visibles unos ángeles bizantinos (1852). Litografía en color de Louis Haghe / Bridgeman Images

los otomanos o los reduciría. Pero el ángel no apareció a tiempo.

Los soldados invasores llegaron a la iglesia, derribaron las puertas cerradas y se llevaron cautivos a los miles de cristianos que había dentro. «Quién pudiera describir los llantos y gemidos de los niños, los alaridos estremecedores de las madres y los lamentos de los padres». El soldado de tropa más bajo «buscó a la doncella más tierna. La monja hermosa que, hasta entonces, solo había pertenecido al único Dios fue ahora apresada y amarrada a otro amo. Hubo forcejeos en aquella rapiña y tirones de trenzas y cuerpos y

senos a la vista y brazos abiertos».

Pronto, aquellas armas de pólvora fueron adoptadas en toda Europa occidental. Constantino XI Paleólogo, emperador de Bizancio, se dejó la vida en esa última batalla y se dice que su cadáver fue identificado por los zapatos púrpura. Los historiadores bizantinos y otomanos coinciden en describir lo que vino a continuación. Mehmet II permitió a sus soldados una jornada de pillaje y desenfreno de la que nadie se vio libre, nobles o plebeyos: violaciones –doncellas, monjas y «jóvenes hermosos»–, asesinatos y toma de esclavos entre los supervivientes del asedio. Saquearon y profanaron iglesias y tumbas, desenterraron cadáveres en busca de oro, robaron las riquezas de los bizantinos, destruyeron sus iconos y quemaron sus libros sagrados. Ciertamente, «grandes fueron el botín y el pillaje. Oro y plata y joyas y objetos de gran valor [...] Esclavizaron a los infieles de la ciudad y los *gazis* abrazaron [violaron] a sus amadas mujeres y muchachas». Los otomanos se jactaban de que «cada tienda [del ejército del sultán] era el cielo mismo, abarrotada de chicos y chicas, siervos sexuales del paraíso, todos de una belleza majestuosa, como cipreses de los que brotan retoños y [ofrecen] jugosos melocotones [besos húmedos de amante]».

Al invadir las tropas la ciudad, miles de cristianos corrieron a refugiarse dentro de la iglesia de la Divina Sabiduría (Santa Sofía) en la creencia de una antigua profecía: un ángel armado con una espada descendería hasta la Columna de Constantino –del siglo IV y con una altura de 35 metros, situada en el corazón de Constantinopla, en su arteria principal– para entregársela a un hombre común que, sin ayuda de nadie, vengaría a los griegos y pondría en fuga a

Fue entonces cuando Mehmet II detuvo aquella violencia. Al franquear a caballo la puerta de Edirne, en el extremo occidental de Constantinopla, y contemplar «el gran número de muertos, la ruina de los edificios y la destrucción total de la ciudad, se compadeció y hasta se arrepintió no poco». Anegados sus ojos por las lágrimas, parece haber exclamado: «¡Qué ciudad hemos entregado al saqueo y a la destrucción!». A lomos de su corcel blanco se acercó hasta la magnífica iglesia de la Divina Sabiduría, del siglo VI. Santa Sofía no era solamente la sede de la Iglesia ortodoxa griega, sino también el mayor edificio del mundo, con la cúpula más alta y más extraordinaria jamás construida. Desmontó el sultán y accedió a su interior. Luego subió a la cúpula para observar la ciudad conquistada. Quienes lo acompañaban exclamaron: «Si buscas el paraíso, oh, suffi, el cielo más alto es Santa Sofía».

Mehmet II se detuvo a observar los «extraños y maravillosos» iconos, los frescos y mosaicos decorativos «que ascendían como ascendió Jesús, el espíritu de Dios, hasta la cuarta esfera del cielo». Y, al bajar la vista y contemplar los edificios en ruinas, «pensó en lo pasajero y voluble de este mundo y en su destrucción final». Entristecido, recitó unos antiguos versos de Saadi, un poeta persa del siglo XIII, en torno a la naturaleza del poder, igualmente transitoria e inestable: «Es la araña quien porta la cortina en el palacio de Cosroes [un antiguo sah persa] / Es el búho quien hace sonar el relevo en el castillo de Afrasiab [Samarcanda]». La vida es breve e incluso en los momentos de triunfo, un líder debe recordar su propia mortalidad.

## CAPÍTULO 5

# UN PRÍNCIPE RENACENTISTA

Cuando Mehmet II tomó Constantinopla, tal hecho completó su conversión de nómada euroasiático a príncipe renacentista. El gobernante otomano que antaño fuera un pastor itinerante se había convertido en líder incontestable de una enorme empresa burocrática. A partir de Mehmet II, los líderes otomanos se percibieron a sí mismos como césares, como herederos de la antigua Roma y conquistadores del mundo a la altura de Alejandro Magno. En el caso concreto de Mehmet II, tenía tanto interés en hacerse con la sabiduría de Occidente como con la de Oriente. Recopiló para su biblioteca libros en árabe, armenio, griego –la *Ilíada* de Homero–, hebreo –la *Guía de perplejos* de Maimónides–, persa y otras lenguas, incluidos textos clásicos como la *Anábasis* de Jenofonte y la *Indica* de Flavio Arriano, las principales fuentes acerca de la vida de Alejandro Magno. La colección del sultán contenía libros saqueados de las bibliotecas de los emperadores bizantinos, así como otros que encargó en torno a las máquinas de asedio y la artillería europeas de su tiempo. Leía literatura clásica, geografía, cosmografía, astronomía e historia. Le gustaban el arte y la literatura de las sociedades de mayoría musulmana –aunque no los comentarios del Corán y similares–, en especial la ficción heroica, como el romance caballeresco del héroe árabe ‘Antar, así como las obras relacionadas con sufismo, derecho, medicina, filosofía y música; y también los álbumes ilustrados.

Estaba tan ansioso por reclutar sabios griegos del derrotado Imperio bizantino como eruditos persas del centroasiático y túrquico. Tras conquistar en 1461 el último bastión bizantino del puerto de Trebisonda (la actual Trabzon), situado en el mar Negro, se llevó consigo a la corte a un consejero griego, el filósofo Jorge Amirutzes. Era primo de Mehmet Pachá Angelović, el gran visir griego converso con quien negoció la rendición de la ciudad. Tras su sometimiento, la iglesia principal de la ciudad, también llamada Santa Sofía como su homónima de Estambul, fue convertida en mezquita principal y los musulmanes de Anatolia se vieron obligados a asentarse en la ciudad. Con respecto a la población

Retrato de Mehmet II pintado por Gentile Bellini (1480). The National Gallery, Londres / Bridgeman Images

griega de Trebisonda, en años posteriores fue deportada a Estambul.

Con Amirutzes, que dominaba la filosofía de los peripatéticos y los estoicos, pasó Mehmet II mucho tiempo conversando acerca de la sabiduría de los antiguos griegos. Por orden del sultán, el erudito creó para él un mapamundi repleto de inscripciones en árabe que se basaba en los distintos mapas de la *Geografía* de Tolomeo. Otro caso es el de Giyas al-Din de Isfahán, jefe de la cancillería de los Ovejas Blancas –oficina de registros públicos–, al que se llevó a Constantinopla tras derrotar en 1473 a esa confederación turcomana de Anatolia oriental. Más significativa incluso fue la fascinación del sultán por el célebre astrónomo Alí Kuşçu de Samarcanda, que se convirtió en profesor de astronomía y guardián del observatorio anexo a Santa Sofía, en Estambul. Las tablas estelares que compiló en Asia Central transformaron la astronomía otomana y llegaron a manos tanto del erudito polaco Nicolás Copérnico como del astrónomo danés de la corte imperial del emperador Habsburgo, Tycho Brahe. Andando el tiempo, Johannes Kepler –fallecido en 1630– formuló en la corte del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico las leyes del movimiento planetario, que revolucionaron la astronomía europea y contribuyeron a la Revolución científica.

Mehmet II fue el típico mecenas renacentista que encargaba su retrato a un pintor reputado de su tiempo, igual que pidió unos medallones con su imagen también expuestos en las salas del Victoria and Albert correspondientes al Renacimiento. Uno de ellos, el realizado por Bertoldo di Giovanni –el escultor de Lorenzo de Médici–, lo representa como una

figura heroica, de pie sobre un carro en actitud triunfante. Parece que también encargó a Bellini una vista de Venecia y Leonardo Da Vinci, que esbozó los planos para un puente sobre el Cuerno de Oro, es posible que visitara Estambul. El sultán decoró igualmente su palacio con murales realizados por diferentes artistas italianos. A Bellini le pidió pintar una imagen de la Virgen y el niño y amasó una colección de reliquias cristianas tan amplia como sorprendente, entre ellas el cadáver del profeta Isaías con barba, pelo y orejas. También se hizo con una colección estatuaria de los periodos antiguo y bizantino.

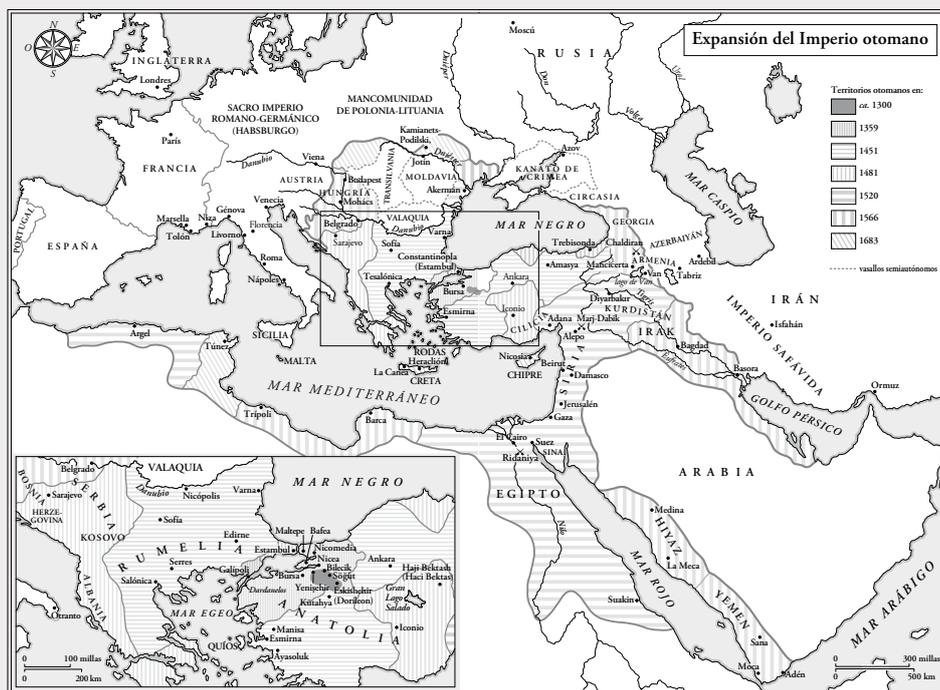


# CAPÍTULO 7

## MAGNIFICENCIA

En la misma iluminación a la vez imperial y religiosa que Solimán I se hallaba Carlos V, que acababa de ser coronado emperador del Sacro Imperio Romano Germánico en la ciudad de Bolonia por el papa Clemente VII y recibido con gritos de «césar». Heredaba España, Italia, Austria, los Países Bajos, Sicilia y Alemania y consiguió derrotar a Francia. Con todo ello se arrogaba la sucesión de Julio César y Augusto y se consideraba a sí mismo emperador y gobernante del mundo y restaurador de la antigua Roma, a la que, por cierto, saqueó. ¿Lograría unificar Carlos V a toda la cristiandad y ser el nuevo Carlomagno?

Para medirse al emperador cristiano y llevado por la misma convicción de ser legítimo heredero tanto de la dominación romana como de la revelación bíblica, Solimán I se hizo colocar una asombrosa tiara de oro con cuatro coronas, una combinación de las regalías imperiales y papales cristianas europeas que simbolizaban los cuatro reinos bíblicos profetizados por Daniel. La tiara, rematada con un pomposo plumón, había sido creada por artesanos venecianos en 1532, otro ejemplo del alcance global del Renacimiento. Se trataba de una asombrosa obra de artesanía obtenida por el gran visir Ibrahim Pachá para su sultán que estaba decorada con 50 diamantes, 49 perlas, 47 rubíes, 27 esmeraldas y una gran turquesa. Aunque semejante tocado era ajeno a las costumbres del sultanato islámico, formaba parte de un conjunto de objetos ceremoniales entre los cuales figuraban también un cetro y un trono de oro para uso del soberano musulmán. Al igual que Carlos V hiciera en Viena solo tres años antes sirviéndose de una corona parecida, Solimán I llevó o exhibió aquel casco coronado en su marcha por Belgrado y camino de Viena, mientras cruzaba bajo arcos triunfales de estilo clásico romano. Imitando el lenguaje ceremonial de Carlos V tras su coronación, también cabalgó con su tiara imperial sobre una montura ricamente adornada con joyas bajo un dosel de brocado con banderas bordadas de alhajas. Al reunirse con los embajadores de los Habsburgo en su tienda, se sentó en el trono dorado y mostró la tiara, que los emisarios tomaron por su corona imperial. Las noticias del sensacional tocado se extendieron por Europa occidental



no solo mediante los informes de los embajadores, sino también en panfletos, canciones populares y grabados. Al parecer, había dos césares y no solo uno.

Mientras intentaba conquistar Viena con su casco coronado que incorporaba al tiempo una tiara papal, Solimán I no cesaba en sus planes de atacar Italia y Austria por tierra y mar para conquistar Roma y reclamar el título de emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Ese casco coronado –con el aspecto de los cascos con penacho que los musulmanes imaginaban llevarían los monarcas de la Antigüedad– también era conocido como la corona de Alejandro Magno. Se pensaba que el espejo enjovado que lo acompañaba era el del antiguo soberano, el que reflejaba el mundo entero, prueba de su soberanía universal. Hubo europeos occidentales convencidos de ello. El francés Jean Bodin, uno de los principales teóricos políticos del siglo XVI, ridiculizó las pretensiones universales de los Habsburgo en favor de las de los otomanos. En su opinión, los otomanos tenían más derecho a la herencia romana porque gobernaban más territorios romanos: «Si hay en el mundo alguna majestad de imperio y de verdadera monarquía, debe emanar del sultán». Esto se debía a que «posee las partes más ricas de Asia, África y Europa y gobierna a lo largo y ancho de todo el Mediterráneo y todas sus islas, excepto unas pocas. Además, sus ejércitos y su fuerza son tales que él solo es igual a casi todos los príncipes».

## CAPÍTULO 11

# HARÉN SIGNIFICA «HOGAR»

La historia otomana no la hicieron solo los hombres. Las políticas reproductivas desempeñaron un papel fundamental en la historia del linaje otomano. Para entenderlo, no obstante, debemos reconsiderar nuestras nociones de lo que son la política y lo político. Normalmente, se habla de la política como algo que se hace en público. Es decir, el ámbito privado queda excluido. Sin embargo, en este caso, la distinción entre lo público y lo privado no resulta útil. Si harén significa «hogar» y ese hogar es el del sultán y su familia, lo privado entra, sin duda, en el campo de lo político, pues las decisiones tomadas en su casa tenían repercusiones en todo el imperio. Por otro lado, las mujeres del harén eran cultas y políticamente ambiciosas. Lejos de ser un espacio puramente doméstico, el harén era un núcleo político lleno de mujeres influyentes, un reflejo de la herencia turco-mongola de los otomanos. La sociedad turcomana preislámica, tal y como se describe en las epopeyas populares –muchas de las cuales están dedicadas a guerreros varoniles–, contiene numerosos relatos de mujeres que también eran temibles guerreras, jinetes veloces y destacados agentes políticos. De manera que el harén otomano no era, en modo alguno, la lasciva tierra de fantasía descrita en Occidente. La mayoría de sus habitantes no mantenía relaciones sexuales con el sultán, sino que se parecía más bien a un convento, con rígidas normas de comportamiento basadas en nociones de decoro sexual, todo ello con el objetivo de garantizar la continuidad de la dinastía.

Las estrategias reproductivas pasaron por diferentes etapas según las épocas del imperio. Durante los siglos XIV y XV, los sultanes otomanos solían casarse con princesas cristianas –griegas o serbias en especial– y musulmanas –centroasiáticas o turcomanas– como medio para forjar alianzas políticas o acabar con dinastías conquistadas. Pero, en lugar de conceder que el sultán tuviera descendencia con su esposa, la dinastía prefería para él un número ilimitado de concubinas cristianas y musulmanas con las que tener hijos. El objetivo era evitar alianzas complicadas con familias que hubieran sido poderosas en el pasado o que pudieran serlo en el futuro. Para mediados del siglo XV, los sultanes ya ni siquiera contraían matrimonios sin hijos. Mientras que las musulmanas casadas y libres tenían derecho a tener descendencia y a la satisfacción sexual de su marido, las concubinas, que legalmente eran esclavas, carecían de tales derechos. Al igual que en el harén selyúcida, la dinastía adoptó la política de *una madre, un hijo*. Por tanto, una concubina que hu-

bera dado a luz a un heredero varón ya no podía ser pareja sexual del sultán. O, al menos, si seguía manteniendo relaciones íntimas con el sultán, debía utilizar métodos anticonceptivos –generalmente supositorios intravaginales a base de hierbas, especias y esencias vegetales– y abortar para asegurarse de no tener más vástagos. Es decir, las funciones de consorte real y madre eran diferentes. La madre del hijo de un sultán y otras mujeres excompañeras sexuales, incluida la *valide sultan* («madre del sultán») tenían el estatus más alto en el harén.

Desde mediados del siglo XIV, y hasta finales del XVI, tanto la madre como el hijo, al cumplir este los 18 años, eran enviados a un periodo de aprendizaje en Amasya, Iconio, Kütahya o Manisa, antiguas capitales de principados y dinastías musulmanas rivales sometidas en el pasado, donde el príncipe ejercía de gobernador y jefe militar y aprendía las artes de la guerra y el gobierno tutelado por su madre. Reflejo del legado mongol, había mujeres de alto rango que dirigían a los soldados en la guerra, si bien al príncipe se le asignaba también un alto funcionario como tutor. El papel de la madre otomana no fue tan impresionante como el de sus homólogas safávidas, que fueron a la guerra y hasta sufrieron alguna tragedia que otra: en concreto, una de las esposas del sah Ismaél I fue capturada por Selim I en 1514 y entregada como botín a uno de sus oficiales.

A la muerte de un sultán, una vez conocida la noticia, el príncipe y la madre corrían a Estambul para hacer posible la entronización del heredero. Aquel hijo que venciera a sus otros hermanos en combate o tuviera éxito en sus maniobras para ser el primero en ser proclamado sultán, ascendía a lo más alto. Y su madre estaba con él durante esos momentos para asegurarse de que así fuera. Hasta finales del siglo XVI, el proceso sucesorio iba acompañado de fratricidios. Una vez entronizado, el nuevo sultán mataba a todos los rivales masculinos posibles –hermanos, sobrinos, primos, tíos– para podar de esta forma todas las ramas de la dinastía que no fueran la suya. Los sultanes tampoco dudaban en asesinar a sus hijos menos favorecidos con el fin de facilitar la sucesión del favorito. Por tanto, mantuvieron la tradición mongola de conceder a todos los hijos el mismo derecho a la soberanía al tiempo que utilizaban el fratricidio para asegurarse de que el gobernante, una vez entronizado, no fuera cuestionado. Fue una costumbre que se vio trastocada después de la historia de amor entre Solimán I y Hürrem Sultan.

## CAPÍTULO 20

# SALVAR A LA DINASTÍA DE SÍ MISMA

Los Jóvenes Turcos compartían una visión del mundo. Eran varones musulmanes de origen diverso nacidos entre 1875 y 1885, la mayoría rumelios. Se educaron en las instituciones pedagógicas más avanzadas del imperio, entre ellas las nuevas escuelas de medicina militar. Eran una élite de oficiales militares y funcionarios que dio forma a la política de las últimas décadas del imperio. Concebían un futuro imperio sin cristianos, a los que empezaron a equiparar con extranjeros, al tiempo que percibían la cultura burguesa europea como un modelo que adoptar y adaptar. Resulta revelador que prohibieran a cristianos y judíos ser miembros de la Sociedad Otomana de la Libertad cuando esta se fundó en Salónica en el año 1906.

Educados en innovadores colegios y liceos de orientación científica, aquellos jóvenes, muy influidos por pensadores franceses y alemanes, compartían su creencia en la racionalidad, el progreso y la ilustración. Contrariamente a las actitudes otomanas tradicionales, pensaban también que la autoridad no provenía de la edad, sino de la educación. Los Jóvenes Turcos no fueron pacifistas, ya lo hemos visto. Desde el principio, utilizaron la violencia para alcanzar sus objetivos y hacerse con el poder. Aquellos muchachos estaban convencidos de que el futuro era suyo. Haber sido capaces de derrocar al anciano y, en apariencia, todopoderoso Abdülhamid II, con sus espías y su policía omnipresentes, les había generado una confianza inquebrantable en su propio



potencial. Aunque se veían a sí mismos como salvadores del imperio, les perseguía el temor de que los oponentes musulmanes pudieran deshacer su misión ilustrada, como ocurrió con la contrarrevolución de 1909. Se referían a sus oponentes como «reaccionarios», despreciaban a los líderes religiosos y estaban celosos de su capacidad para alentar a las masas con acusaciones de supuesto ateísmo de los Jóvenes Turcos y profanación de lugares sagrados. Sin ir más lejos, entre los bulos que hubieron de soportar por parte de sus oponentes religiosos algunos estaban relacionados con el consumo de vino y la entrada en las mezquitas con los zapatos puestos.

Muchos de estos Jóvenes Turcos sirvieron con el Ejército otomano en el sudeste de Europa combatiendo las guerrillas de bandas paramilitares revolucionarias formadas por búlgaros, griegos, macedonios y serbios. La lucha resultó especialmente sangrienta en Macedonia. Un grupo terrorista conocido como Organización Interna Revolucionaria de Macedonia (*Vatreshna Makedonska Revoljucionna Organizacija*, VMRO) –que había sido fundado en 1893 en Salónica por maestros de escuela– puso bombas en bancos, estafetas de correos y cafés, atracó, secuestró y asesinó a funcionarios del Gobierno y a notables del lugar; incendió edificios gubernamentales y fomentó levantamientos con el objetivo de conseguir la independencia nacional. Aquella violencia no fue una consecuencia del nacionalismo, sino una fuerza que ayudó a crearlo. Con respecto a los Jóvenes Turcos, tales experiencias reforzaron su concepción de que se estaba produciendo una lucha a vida o muerte entre naciones, una idea que les llevó a considerar a los cristianos –a todos– como terroristas apoyados por potencias extranjeras. Por lo que ellos también adoptaron el nacionalismo y las tácticas militares propias del enemigo. De esta manera, fueron Enver Bey, Mustafá Kemal y otros quienes organizaron la resistencia guerrillera contra los invasores italianos en Libia después de 1911. Una y otra vez, oficiales del CUP y voluntarios mártires –escuadrones suicidas– se sirvieron de las violentas tácticas propias de la guerrilla.

La revolución de 1908 y el movimiento contrarrevolucionario del año siguiente confirmaron a los dirigentes de los Jóvenes Turcos que se enfrentaban a dos combates a vida o muerte. El primero de ellos lo libraban los cristianos otomanos y los extranjeros contra los turcos musulmanes. La segunda batalla era interna entre los propios musulmanes. En el marco de esos conflictos, los Jóvenes Turcos se afirmaban como musulmanes civilizados, ilustrados, modernos, progresistas y revolucionarios que se enfrentaban a musulmanes religiosos, reaccionarios y tradicionales.

Retrato de un joven Abdülhamid II.  
George Grantham Bain Collection / Library of Congress, Prints and Photographs Division, Washington, D. C., formato digital. Número de archivo: cph 3b24436 / Bridgeman Images

## CAPÍTULO 21

# EL GENOCIDIO ARMENIO Y LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

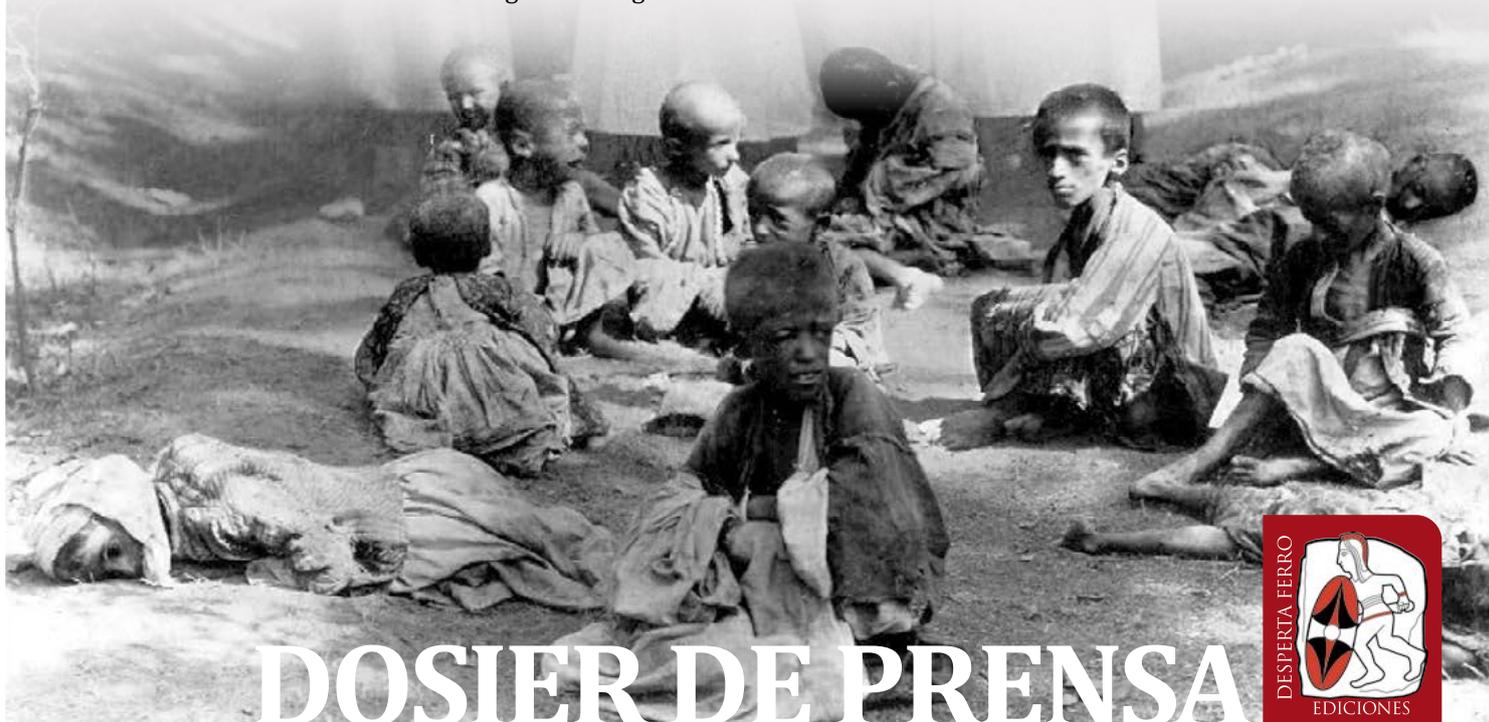
¿Cómo se pudo llegar hasta ese punto? ¿Qué motivó al régimen otomano a volverse contra sus propios ciudadanos? ¿Por qué un imperio que durante tantos siglos había permitido la convivencia de diferentes grupos de personas sin apenas violencia viró hacia una política aniquiladora de uno de los pueblos que lo componían? El genocidio armenio forma parte de la historia europea no solo porque muchos de los Jóvenes Turcos se sumaron a la militancia en París y Ginebra, o porque tomaron prestadas sus ideas de Europa occidental, ni siquiera porque generales y funcionarios del Gobierno alemán fueran cómplices de aquellos asesinatos en masa y los justificaran como una *necesidad militar*. Aunque el primer genocidio cometido por un imperio europeo en Europa se inició en Estambul, no estuvo motivado por el islam ni por el etnonacionalismo turco. Tampoco fue una guerra civil entre turcos y armenios, ni el resultado de tensiones de clase. No fue un acontecimiento inevitable predestinado a ocurrir debido a alguna cualidad innata del imperio o de sus gobernantes. Lo sucedido fue más bien una contingencia resultante de muchos actores y factores que solo podía darse en medio de lo que se entendían como urgencias relacionadas con la Gran Guerra.

Algunos han sugerido que la religión desempeñó un papel clave en el genocidio. Al fin y al cabo, eran musulmanes –turcos y kurdos– atacando a poblaciones cristianas –armenios–. Es cierto que hasta 100 000 niñas y mujeres cristianas se convirtieron al islam una vez acogidas por familias musulmanas como sirvientas y esposas y con ello se les perdonó la vida. Los otomanos llevaban siglos integrando a los cristianos: esta fue la última gran oleada de conversiones religiosas en el imperio. Aunque, si la moti-

vación más importante era el islam, ¿por qué los otomanos nunca intentaron aniquilar a los cristianos del imperio antes de 1915? Desde los tiempos de Osmán, a finales del siglo XIV, los musulmanes habían gobernado sobre los cristianos, pero nunca antes habían buscado su destrucción. En las persecuciones de 1915 los otomanos hicieron claras distinciones entre armenios y asirios, por un lado, frente a griegos, católicos y protestantes. Los griegos fueron deportados, pero no asesinados. De manera que, si los autores estaban motivados por el islam, ¿por qué se eligió a armenios y asirios y no a todos los cristianos?

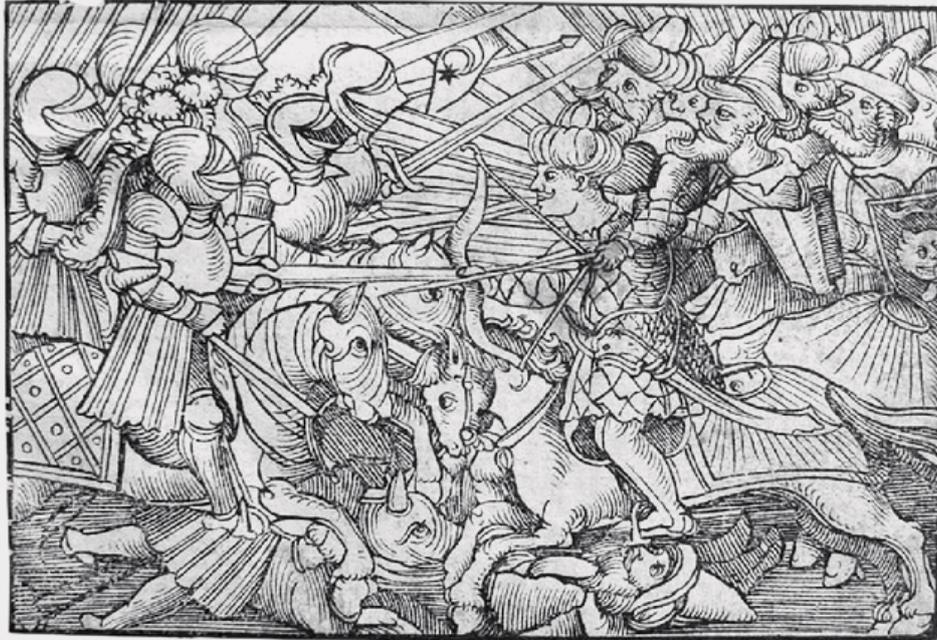
Tampoco se trataba de un enfrentamiento entre el islam y el cristianismo. Aquellos armenios convertidos al islam pero que no se habían integrado en hogares musulmanes no se libraron de la muerte. El objetivo, por tanto, era destruir al pueblo armenio. El régimen estaba impulsado por un deseo implacable de aniquilar a los armenios y asirios, sin prestar atención a los preceptos islámicos que prohibían tales acciones. Ni siquiera la piedad islámica sirvió a algunos musulmanes como justificación para salvar a los cristianos perseguidos por el régimen. Alegando la protección islámica de los cristianos, varios funcionarios locales rechazaron las órdenes de deportar a los armenios, entre ellos los gobernadores de Adana y Ankara y un funcionario local de Mardin. Aunque fueron sustituidos o asesinados por resistirse a las órdenes. Si el islam era el factor motivador, ¿por qué el régimen no atacó a todas las personas que no eran musulmanas, como los judíos? Quienes ordenaron las carnicerías tampoco eran fanáticos religiosos musulmanes, sino ateos que utilizaron la religión como herramienta para salvar el imperio, a pesar de sus convicciones personales antirreligiosas.

Huérfanos armenios hambrientos. Bridgeman Images



# DOSIER DE PRENSA





**Contacto y entrevistas:**

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



DOSIER DE PRENSA

